

**ACTAS DEL XIII
CONGRESO INTERNACIONAL
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE
LITERATURA MEDIEVAL**

(Valladolid, 15 a 19 de septiembre de 2009)

**IN MEMORIAM
ALAN DEYERMOND**

II

Editadas por
José Manuel Fradejas Rueda
Déborah Dietrick Smithbauer
Demetrio Martín Sanz
M^a Jesús Díez Garretas



VALLADOLID
2010

© Asociación Hispánica de Literatura Medieval, 2010

© Los autores, 2010

Reservados los todos derechos. Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio, salvo para citas, sin permiso escrito de los propietarios del copyright

Publicado por el Ayuntamiento de Valladolid y la Universidad de Valladolid

Ni el Ayuntamiento de Valladolid, ni la Universidad de Valladolid (UVa) ni la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (AHLM) ni los editores son responsables de la permanencia, pertinencia o precisión de las URL externas o de terceras personas que se mencionan en esta publicación, ni garantizan que el contenido de tales sitios web es, o será, preciso o pertinente.

Edición realizada dentro del proyecto de investigación VA46A09 financiado por la Junta de Castilla y León.

Ilustración de la cubierta de María Varela

ISBN 978-84-693-8468-8

D.L. VA 951-2010

Impreso en España por
Valladolid Artes Gráficas

LA VEJEZ EN LA LITERATURA MEDIEVAL ESPAÑOLA: MIRADAS DESDE *LA CELESTINA**

GLADYS LIZABE
Universidad Nacional de Cuyo

Cuando en 1499 *La Celestina* vio la luz, “muchedumbre de galanes y enamorados mancebos” debieron haberse sentido evocados por la carta del autor a un amigo suyo en la que se lamentaba de los dolores que el Amor causaba.¹ Sin embargo, estos litigios de la edad florida que vivirán, gozarán y/o sufrirán Calisto y Melibea, Sempronio y Elicia, Pármeno y Areúsa, la mirona Lucrecia y hasta la actual Celestina encontrarán una barrera *natural* que los alejará del goce y delicia de los placeres mundanos: éste es el paso del tiempo que involucra a todos y que ningún ardid puede ocultar. En el caso de Celestina, el tiempo acarrea la llegada inexorable de la vejez que ella misma experimenta como vivencia y que le sirve como estrategia argumentativa para manipular a otros. En este marco, la presente comunicación ofrece un conjunto de reflexiones sobre el concepto y la imagen de vejez que los personajes de *La Celestina* construyen a partir de su relación con la vieja y que ella misma valida o rechaza. Los comentarios y percepciones que de su vejez realizan, descubren no sólo una mirada sobre las representaciones personales de un fenómeno biológico al que ninguna omnipotencia humana podía doblegar sino también los grados de

* Para Alan Deyermond, ‘omne de pro’, con inmensa gratitud porque nos enseñó a pensar la literatura medieval española en libertad, con espíritu renovado y rigurosidad científica. Su humildad y generosidad como persona y maestro siempre nos acompañarán.

¹ Véase Fernando de Rojas (y “antiguo autor”), *La Celestina. Tragicomedia de Calisto y Melibea*, Francisco J. Llovera, Guillermo Serés, Paloma Díaz-Mas, Carlos Mota, Iñigo Ruiz Arzálluz y Francisco Rico, eds., Biblioteca Clásica, 2, Barcelona: Editorial Crítica, pág. 5, en la carta del *autor a un su amigo*. Mis citas proceden de esta edición.

estima y valor que el sistema social y cultural español le otorgó a los viejos en los umbrales del Renacimiento.²

² En 1970, Simone de Beauvoir publicó *La vejez*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, estudio pionero que se interesa por una especie de secreto vergonzoso de la sociedad actual del cual es indecente hablar, éste es la vejez. En casi setecientas páginas, traza la historia de los viejos, “aquellos hombres y mujeres que con una vida humana detrás de ellos, y no como cadáveres ambulantes, denuncian un sistema mutilante” que los ignora y prueba, a su modo de ver, *el fracaso de la civilización occidental*. (Pág. 13) Valiosos comentarios aportan Johannes Bühler, “El período de la *senectus*”, *Universo y cultura en la Edad Media*, México, Fondo de Cultura Económica, 1933, reimp. 1996, cap. III, en esp. págs. 72-86; Georges Minois, *History of Old Age: From Antiquity to the Renaissance*, trad. Sarah Hanbury Tenison, Chicago, The University of Chicago Press, 1989; Pat Thane, “Social History of Old Age and Ageing”, *Journal of Social History*, 37:1, 2003, págs. 93-111, “An Untiring Zest for Life: Images and Self-Images of Old Women in England”, *Journal of Family History*, 25:2, 2000, págs. 235-247; *The Long History of Old Age*, London, Thames & Hudson, 2005; la misma autora edita con Paul Johnson *Old Age from Antiquity to Post-Modernity*, London, Routledge, 2003 y *Old Age in English History: Past Experiences, Present Issues*, Oxford, Oxford University Press, 2000; con Lynn Botelho publica *Women and Ageing in British Society since 1500*, Essex, England, Longman, 2001. En el ámbito hispánico, son importantes: Luis Sánchez Granjel, *Historia de la vejez. Gerontología. Gerocultura*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1991 y *Los ancianos en la España de los Austrias*, Salamanca, Universidad Pontificia, 1996; Raquel Homet, *Los viejos y la vejez en la Edad Media. Sociedad e imaginario*, Rosario, Argentina, Pontificia Universidad Católica Argentina, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario, 1997; Julio Valdeón Baroque, “El ritmo del individuo: en las puertas de la pobreza, de la enfermedad, de la vejez, de la muerte”, *La vida cotidiana en la Edad Media*, VIII Semana de Estudios Medievales (Nájera), 4-8 agosto 2007, José Ángel García de Cortázar y Francisco Javier García Turza, coords., Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, Asociación ‘Amigos de la Historia Najerillense’, 1998, págs. 275-288. En la Universidad de Sevilla, Ricardo Navarrete Franco ha dirigido el Proyecto de investigación del Ministerio de Ciencia y Técnica sobre *Vejez y Literatura en el mundo anglosajón (2002-2005)*, temática del Curso de Doctorado 2005 del Departamento de Filología Inglesa, Facultad de Filología, Universidad Complutense de Madrid. En el marco de la literatura medieval española, poseemos un conjunto de investigaciones referentes específicamente a viejas en su calidad de *contadoras de cuentos tras el fuego* (María Consuelo Frutos Martínez, “Análisis temático y cultural de los *Refranes que dicen las viejas tras el fuego*, del Marqués de Santillana”, *Acti del XXI Congresso Internazionale di Lingüística e Filologia Romanza*, G. Rufino, ed., Tübingen, Max Niemeyer, 1998, págs. 613-623, o como viejas *barbudas* y/o relacionadas con el motivo de la *vieja bebedora* en la comediografía grecolatina (Jacobó Sanz Hermida, “Una vieja barbuda que se dice Celestina: Notas acerca de la primera caracterización de Celestina”, *Celestinesca*, 18:1, 1994, págs. 17-33), o como elementos de paremias (Albert Lloret, “El error retórico de la alcahueta. Performatividad y nueva retórica en *La Celestina*”, *Celestinesca*, 31.1, 2007, 119-132). Agradezco al Dr. Rafael Mérida Jiménez la identificación de los últimos dos estudios. El mismo investigador en su exhaustivo volumen *Women in Medieval Iberia: A Selected Bibliography*, Eugene, University of Oregon Press, 2002, los *Boletines de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* y revistas especializadas en literatura medieval española prueban que escasean las investigaciones sobre la vejez y los viejos en los discursos literarios.

Para ello, se analiza la vejez en dos ámbitos: el primero incluye los textos precedentes a la historia narrada- carta de ‘el autor a un su amigo’, versos acrósticos y prólogo-, los argumentos sintetizadores de cada auto y las octavas finales- luego del auto veintiuno con las que “concluye el autor y Alonso de Proaza, corrector de la impresión”. El segundo se centra en el relato de la historia amorosa.

LA VEJEZ ‘EXTRA-FICCIONAL’³

Antes de que la ficción textual deje entrar en escena a Calisto en busca del halcón perdido, ni la carta del autor a su amigo ni los versos acrósticos contienen referencia explícita o implícita a la vejez o a los viejos. Por su parte, el Prólogo sí se refiere a ella en un ejemplo que ilustra el concepto petrarquesco de contienda humana: “que aun la mesma vida de los hombres, si bien lo miramos, desde la primera edad hasta que blanquean las canas, es batalla. Los niños con los juegos, los mozos con las letras, los mancebos con los deleites, los viejos con mil especies de enfermedades pelean”. (Pág. 19) Ahora bien, el tópico de la vida humana como lid dividida en etapas- “niños, mozos, mancebos, viejos”- procedía de la tradición greco-romana y no sólo mostraba la cultura del autor sino la incorporación de Petrarca como fuente esencial de la obra, que estudiada oportunamente por Alan Deyermond en la década de los ’70, pervivía en el imaginario cultural de aquellas comunidades socio-retóricas que leían y/o escuchaban la historia de los amores desastrosos de Calisto y Melibea.⁴ Dicha línea de tiempo mostraba que la vejez era, por un lado, una de las etapas vitales del vivir humano, por otro, término de la vida humana y por último ausencia de salud o *mesón de enfermedades*.

Resulta interesante señalar que la división de la vida en edades así como se había hecho con la historia, permitió la formulación de una *teoría de la periodización* de la vida que explicaba el ritmo y el cambio operados en los seres vivos por acción tanto de la propia biología como de categorías del cosmos. Estos regulaban “al mismo tiempo el movimiento de los planetas, el

³ Nótese que en la conclusión, el autor solicita al lector: “consiente cosquillas de alto consejo,/ con motes y trufas del tiempo más viejo/ escritas a vueltas le ponen sabor”. (Pág. 350, vv. 14-16; mi subrayado). La carta y el acróstico centran su interés en mostrar la fuerza del Amor y el estado de indefensión de los jóvenes ante sus embates y en advertirles “contra lisonjeros y malos sirvientes y falsas mujeres hechiceras”. (Págs. 5-6) Con el mismo tono, los versos acrósticos confirman que los *vicios de amor*, los amantes, la alcahueta y el falso sirviente están al servicio de Cupido y *sus tiros dorados*. (Versos 54, 56, 81 y 88)

⁴ Véase J. A. Burrow, *The Ages of Man. A Study in Medieval Writing and Thought*, Oxford, Clarendon Press, 1986, págs. 191- 202.

ciclo vegetativo de las estaciones, las relaciones entre los elementos, el cuerpo humano y sus humores y el destino de los sujetos”.⁵ Famosas periodizaciones fueron las de Aristóteles, San Ambrosio de Milán y San Agustín cuyas descripciones sobre *De aetatibus hominum* fueron re-elaboradas y sistematizadas por San Isidoro de Sevilla.⁶ En sus *Etimologías*, el Santo explicaba que “los filósofos distribuyeron la vida humana en... seis etapas, en las que se desenvuelve, discurre y se llega al término que es la muerte” y especificaba:⁷

Seis son las etapas de la vida: infancia, niñez, adolescencia, juventud, madurez y senectud... 6. La quinta es la madurez o gravedad, que es el paso de la juventud a la ancianidad: no es todavía ancianidad, pero tampoco es ya juventud, porque se trata de una edad más avanzada... Esta etapa comienza a los cincuenta años y culmina a los setenta. 7. La sexta edad es la senectud, que ya no tiene límite: después de transcurridas las cinco etapas precedentes, todo cuanto resta de vida se considera senectud. 8. No obstante, a la última parte de la senectud se llama *senium* (ancianidad), por ser el final.⁸ (Mi subrayado)

Frente a esta tradición, el concepto de *periodización* de la vida humana se explicita y tiñe el tono del Prólogo de *La Celestina*- “niños, mancebos, mozos, viejos”- (pág.19) y es también importante en la acción de la historia narrada, por ejemplo, cuando Celestina afirma- en aquella famosa sentencia recuperada por los ciudadanos de la Puebla de Montalbán para la estatua de la misma vieja-: “bien sé que... nací para vivir, viví para crecer; crecí para envejecer, envejecí para morirme”, (a Lucrecia, noveno auto, pág. 215) o cuando apura el sí de Melibea diciéndole: “Así que el niño desea ser mozo, y el mozo viejo, y el viejo más, aunque con dolor, todo por vivir”. (Cuarto auto, pág. 119)

⁵ Algunos calendarios medievales ubicaban la vejez hacia el final del año, en octubre cuando “Él tiene 60 años y no más,/ Entonces se vuelve viejo y canoso/ Y debe, pues, recordar / Que el tiempo le lleva a la muerte así como también se afirmaba que en Octubre... debe sembrar buen trigo / Del cual vivirá todo el mundo / Así debe hacer el prudente / que ha llegado a los sesenta años: / Debe sembrar entre los jóvenes / Buenas palabras por ejemplo / Y dar limosna”. (Philippe Ariès, *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*, Ensayistas, 284, Madrid, Taurus, 1987, pág. 43, notas 13 y 15).

⁶ En *Salmos-90*- se lee: “los días de nuestros años son setenta, y ochenta en los más robustos, pero también la robustez es apariencia, un nada, porque se corta en un instante, y volamos”. (Ariès, op. cit., págs. 39-40)

⁷ San Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, con texto latino y versión española, notas e índices por José Oroz Reta y Manuel A. Marcos Casquero, BAC, 1983, Madrid, Editorial Católica, págs. 38-47.

⁸ San Isidoro afirma: “2. La primera edad es la infancia, desde el momento en que el niño nace, hasta que cumple los siete años. 3. La segunda es la niñez (*pueritia*) o etapa ‘pura’, y aún no apta para la procreación; abarca hasta los catorce años. 4. La tercera es la adolescencia, ‘adulta’ ya para engendrar; dura hasta los veintiocho años. 5. La cuarta es la juventud, que es la más firme de todas y llega hasta los cincuenta años”. (Ibid.; mi subrayado)

Con respecto a los argumentos que encabezan los autos, el vocablo *vieja* se nombra en dos de ellos y es propio de su mundo referencial y de cómo los personajes la nombran en la historia narrada.⁹

Por el contrario, una vez concluido el relato, las tres octavas finales del autor y las de Alonso de Proaza, corrector de la impresión- no siempre presentes en las distintas ediciones- excluyen taxativamente el tema vejez. Éste es, por tanto, una temática tangencial en la realidad extra-ficcional de las octavas que explicitaban la intención autorial acudiendo a enseñanzas ejemplificadoras del “trágico fin que todos hobieron”. (Pág. 353, v. 48)

La omisión o escasísima presencia de la vejez en lo que hemos denominado *realidad extra-ficcional* podría pensarse a la luz del propósito del autor y del de los editores que pretendían una representación mental de la historia en función de un relato aleccionador de lo que sucedía a los jóvenes amadores que “curan poco de los viejos” porque estaban ocupados en los placeres propios de la edad y que deseaban que Fernando de Rojas- muy importunado por la solicitud recibida- alargase la historia “en el proceso de su deleite de estos amantes” más que en el de la decrepitud de la mediadora amorosa. (Prólogo, pág. 21) Al fin y al cabo, la *vieja era vieja* y el tiempo natural que no dejaba “presente ni pasado ni porvenir”, (séptimo auto, pág. 164) correspondía a ella, no a los galanes y doncellas que despertaban al goce de la vida mundana y a sus delicias. *La Celestina* era una historia de pasiones y engaños, del amor *hereos* de mancebos y dueñas y de sus efectos y, en ese contexto, los viejos en general y Celestina en particular se acercaban más a ser tema de *Exhortaciones*, *Consolaciones*, tratados del *ars moriendi* al estilo de Catón, Cicerón, Séneca, San Jerónimo, entre otros, o hasta ser objeto de diatribas de *Diálogos* como el de Rodrigo Cota en los que se los satirizaba por sus pretensiones de dedicarse al Amor. En esas obras y autores, las imágenes de decrepitud y de carencias caracterizadoras de la vejez estaban en el horizonte de expectativas de sus receptores frente a lo que el *carpe diem* de esta *novela dialogada* mostraba: juventud, vitalismo, fertilidad, deseos y goces amorios y sensuales que se irradiaban desde el mundo juvenil de la ficción celestinesca.

LA VEJEZ EN LA HISTORIA NARRADA

Las miradas de la vejez en *La Celestina* se construyen explícitamente en la ficción narrada. Los personajes la describen, valoran con distintos grados de estima y reaccionan ante los signos visibles e invisibles que la cultura y la

⁹ Aparecen en el primer auto- “Sempronio... le enderezó a una vieja llamada Celestina” (pág. 25) y en el sexto auto- “la vieja Celestina le descubre todo lo negociado”. (Pág. 143)

sociedad crearon en torno del proceso de envejecimiento. Sin duda, la vejez más nombrada y renombrada es la de Celestina quien, junto con otros personajes, se ocupa de construirla y re-construirla en el transcurso del relato. Su voz narradora es la más intensa con respecto a la vejez porque tiene la ventaja de que describe, narra y argumenta desde lo que vive y porque se aprovecha de aquellas características de la vida de los adultos mayores que movilizan a su interlocutor. Así, la vejez se transforma en una sutil arma de manipulación de una anciana cuya conciencia etaria le trae beneficios para tergiversar y vencer los más diversos discursos.

Frente a la realidad extra-ficcional, la mayoría de los personajes y la misma Celestina construyen y visibilizan una percepción personal y colectiva de la vejez en la que cada parcela de vida reconstruida muestra “un cierto modo de vivir” –al decir de Ortega y Gasset– que encuadra personal y socialmente la vida de los adultos mayores.

¿Qué imagen de vejez construyen los personajes de *La Celestina* y qué muestran de la sociedad y de la cultura que la generó? Comencemos por los jóvenes, testigos del paso del tiempo en el otro, específicamente por *Sempronio* que introduce el tema refiriéndose a Celestina: ella es una *vieja barbuda-sentencia*-. (Primer auto, pág. 47) En su boca, *vieja* podría indicar el fenómeno biológico desde la mirada despectiva del observador mientras que con la barba entra en escena la connotación sexual ya que, como ha demostrado Jacobo Sanz-Hermida, ella permite la expurgación de humores secos y cálidos propios de un temperamento lujurioso.¹⁰ Para que la senectud lujuriosa de Celestina se afiance en los receptores, el criado repite poco más adelante el mismo par de epítetos¹¹ y su recuerdo se ilumina bajo la luz del deleite ya que en su percepción, Celestina es el instrumento de su goce, es quien media en su lujuria al haberlo favorecido en su relación con Elicia.

Sin embargo, la creación de Celestina- como magistralmente estudió María Rosa Lida de Malkiel- necesita de otro elemento sin el cual no sería ella misma: la codicia. Por eso, Sempronio combina la percepción de la *vejez lujuriosa* con la representación de una *vieja naturalmente codiciosa* que morirá por no compartir la ganancia con sus socios. Baste recordar la sorpresa del criado ante la tranquilidad de la *vieja barbuda* para iniciar el *negocio* (tercero auto, pág. 47) o cuando responde a su compinche Pármeno que “antes que venga el día quiera

¹⁰ Jacobo Sanz-Hermida, “Una *vieja barbuda que se dice Celestina*: Notas acerca de la primera caracterización de Celestina”, *Celestinesca*, 18.1, 1994, págs. 17-33.

¹¹ Sus palabras son: una “vieja barbuda que se dice Celestina”. (Tercero auto, pág. 47, mi subrayado)

yo ir a Celestina a cobrar mi parte de la cadena, que es una puta vieja”. (Quinto auto, pág. 253)

La idea de la naturaleza codiciosa de los viejos procede de Aristóteles quien en *El arte de la retórica* estableció la mirada occidental de los viejos. Estos, había dicho el filósofo, son los que han “vivido muchos años”, son engañadizos, “tímidos, temerosos, enfriados, amantes de la vida, egoístas, mezquinos, desesperanzados, inseguros, maliciosos, suspicaces, pusilánimes” y memoriosos; tienen menor “impulso, han sido humillados por la vida”, aspiran a lo necesario para vivir y saben por experiencia.¹² Además, el Estagirita afirma: “los ancianos y los que han pasado la época de madurez... se hallan entregados al lucro. Viven más bien de acuerdo con el cálculo que con el carácter”. (Págs. 251 y 253)

A los epítetos de “lisonjera vieja, vieja llena de mal, mala vieja falsa” que pronuncia cuando presente que Celestina no querrá compartir la ganancia, (quinto auto, pág. 140) Sempronio los completa con la fórmula *puta vieja* de las que se apropiará Pármeno. Y si lujuria y codicia como elementos propios de la vejez se los debemos a Sempronio, es *Pármeno* también un esmerado constructor de la imagen cronológica de vejez de Celestina, sobre todo en el Primer auto. La primera vez que la menciona, la llama *puta vieja alcoholada*, imagen que la misma Celestina valida.¹³ Lo de *puta* lo expresa desde sus propios recuerdos infantiles porque habiendo quedado al cuidado de Celestina durante parte de su infancia, la habría visto en el entorno laboral desarrollando sus famosos oficios.¹⁴ (Primer auto, págs. 54-61) Con *alcoholada* la denigra aun más al representarla como una vieja bebedora que no respeta el decoro de su edad, falta que podría también relacionarse con su maquillaje: el alcohol era también polvo de antimonio usado para pintarse los ojos y/o las cejas.¹⁵ El

¹² Aristóteles afirma: “los ancianos y los que han pasado la época de madurez... se hallan entregados al lucro. Viven más bien de acuerdo con el cálculo que con el carácter”. Mis citas proceden de la edición de Ignacio Granero, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, 1979, págs. 251 y 253.

¹³ “Tú, puta *vieja*, ¿por qué acrecentaste mis pasiones con tus promesas?... pues, *vieja* traidora, ¿por qué te me ofreciste?”. (Cuarto auto, págs. 112-113; mis subrayados) En camino a casa de Melíbea, duda sobre el buen fin de su mediación amorosa y reproduce mentalmente el hipotético reproche de Calisto que conjetura ha de llamarla *puta vieja*.

¹⁴ La teoría de la funcionalidad en la sociología de la vejez explica que “la gradación de la vejez por edad es un elemento estructural de nuestra sociedad que asegura diferentes tipos de funciones, que serán ocupadas para asegurar el funcionamiento de la sociedad”. (María Teresa Baza, Introducción, pág. 11) A su cama- tanto a los pies como a la cabecera-, el mismo Pármeno había yacido y allí la meretriz recibiría y respondería a la diversidad de necesidades clientelares.

¹⁵ Véase pág. 52, nota 266, en la edición citada de *La Celestina*.

‘prejuicio’ de Pármeno radicaría, entonces, en una representación del *decoro de la vejez* excluyente de los afeites y denigratorio de la vieja pintarrajeada sin respeto a su edad.¹⁶

Pármeno también aporta el registro de la edad de Celestina -“seis docenas de años a cuestras”-, (segundo auto, págs. 91-92) aunque ella misma declama “sesenta años”, (doceno auto, pág. 259) datos que permiten distinguir entre lo que podría denominarse “la edad personal”- la que *siente* Celestina, sesenta años-, la que “cronológicamente” se tiene- no sabemos a ciencia cierta- y la “intrapersonal” -edad de la vieja evaluada por los demás, en este caso las seis docenas de Pármeno-.

Estas tres concepciones de las edades de una adulta mayor confirman que cada personaje de la obra concibe la vejez en términos cronológicos ambiguos y que las distintas etapas de la vida humana han poseído y poseen límites imprecisos. Además, el fenómeno de las *edades de Celestina* evidencia que la percepción de la vejez es una construcción social en la que cada personaje participa y es una construcción personal de la misma Celestina quien al poner bajo un halo de incertidumbre y duda la propia edad, elude la pertenencia a su propio grupo etario y busca estrategias para evitar dicha identificación; una de ellas es negar la propia edad. (Ibid., 91)¹⁷

En cuanto a *Elicia*, ella crea la imagen de desmemoria de la vejez; cuando Celestina le solicita los enseres para su famoso conjuro a Plutón, la joven asevera: “madre, no está donde dices; jamás te acuerdas a cosa que guardas”; poco después cuando Celestina olvida a uno de sus clientes, la vieja le reprocha: “No me castigues, por Dios, a mi vejez, no me maltrates, Elicia”. (Tercero auto, pág.107)¹⁸ El reproche velado por la mengua intelectual o torpeza –también

¹⁶ Sus palabras son: “¿Quién te podrá decir lo que esta vieja hacía?”, “Calisto... está adorando a la más antigua puta vieja que fregaron sus espaldas en todos los burdeles”. (Págs. 62 y 67) Véase también María Rosa Lida de Malkiel, *La originalidad artística de La Celestina*, Buenos Aires, Eudeba, 1970, 508-510. La malograda e ilustre investigadora argentina señala que “el insistir en su vejez y mostrarla al mismo tiempo abrasada en lascivia la hace más repulsiva”. (Pág. 509)

¹⁷ María Teresa Bazo y Concepción Maiztegui Oñate se refieren a la dificultad de establecer barreras cronológicas en el ciclo vital y las distintas edades de los sujetos; véase: “Sociología de la vejez”, en *Envejecimiento y sociedad: una perspectiva internacional*, María Teresa Bazo, ed., Madrid, Editorial Médica Panamericana, 1999, cap. 2, págs. 47-100, en esp., 47-48 y 86.

¹⁸ Véanse Tercero auto, pág.107 y sétimo auto, pág. 183 (Elicia a Celestina: “que has seído hoy buscada del padre de la desposada” a lo que Celestina responde: “No me acuerdo, hija, por quién dices”.) Pármeno también le recuerda la promesa de “que me harías haber a Areúsa”, a lo que Celestina contesta: “no lo he olvidado, ni creas que he perdido con los años la memoria”

señalada por Pármeno— es característico de las relaciones jóvenes-adultos mayores y hace entrar en escena el tema del maltrato ‘psicológico’ que con frecuencia sienten y denuncian los adultos mayores.

Elicia también se muestra sobreprotectora con la vieja frente a su actitud sospechosamente ignorante del peligro de andar sola de noche; y le achaca unas debilidades de la vejez que la dejarán caída y muerta. (Onceno auto, pág. 236) Su observación se basa en la teoría de los humores que explicaba que el envejecimiento afectaba el equilibrio y los viejos perdían el control del cuerpo porque como recordaba don Juan Manuel en el *Libro de los estados*: “Assí commo el viejo va enflaqueçiendo en él todas las virtudes et la calentura et la humidat natural,... por ende mengua et enflaqueçe, de cada día”.¹⁹ Por eso, la preocupación de Elicia representa la vivencia social de la vejez del que responde con mayor o menor grado de aceptación y convivencia al proceso de envejecimiento ajeno frente a la experiencia íntima del que lo vive.²⁰

Con *Areúsa* —en el sétimo auto—, aparecen el desgarmo físico de la vejez y la sexualidad explícita, memoriosa y nostálgica de la vieja.²¹ Sus recuerdos eróticos y el sabor en las encías prueban que vejez y sexo no eran incompatibles en la Edad Media y que la sexualidad de los viejos y viejas era tema de guías eróticas y de escritos de distinto tenor filosófico, médico, teológico, moralista y legal, como ha estudiado Eukene Lacarra (1993). Lo que *Celestina* afirma es que las viejas pierden su capacidad de reproducción, de pro-creación; esta incapacidad las haría prescindibles porque el cuerpo estaría de más al no cumplir la función para la que fue *naturalmente* creado. Pero lo que ella además está afirmando es que en la vejez no desaparece el deseo sexual sino que la dificultad está en la satisfacción de la libido.

(sétimo auto, 125) y “no me castigues, por Dios, a mi vejez, no me maltrates, Elicia”. (Tercero auto, pág. 107)

¹⁹ Don Juan Manuel, *El libro de los estados*, Ian R. Machpherson y Robert Brian Tate, eds., Madrid, Castalia, 1991, cap. LXXX, pág. 238.

²⁰ Véase Sánchez Granjel, *Apuntes para una historia de la vejez*, pág. 23.

²¹ *Celestina* llega con Pármeno a la casa de Areúsa y la *mochacha* exclama: “¡con qué viene como huantigua a tal hora!”; al final del encuentro, *Celestina* se va diciendo: “yo vieja soy; no he temor que me fueren en la calle”. El vocablo *huantigua* se aplicaba a una “persona alta, desgarmada y mal vestida”, por lo que el aspecto físico de la anciana era decadente y movía a pena. (Sétimo auto, pág. 173). También identificaba una procesión nocturna de fantasmas que buscaban almas para su cortejo. (*La Celestina*, ed. citada, sétimo auto, pág. 173, nota 87). Con el saludo de despida, entra en escena el tema de la sexualidad. Véase: María Eugenia Lacarra, “Parámetros de la representación de la sexualidad femenina en la literatura medieval castellana”, en *La mujer en la literatura hispánica de la Edad Media y el Siglo de Oro*, Rina Walthaus, ed., Amsterdam, Editions Rodopi B.V., 1993, págs. 23-41.

¿Cómo ve *Lucrecia* la vejez? A ella se le debe- además de la confirmación de la existencia del rasguño en el rostro de la vieja del que ya había hablado Pármeno- la imagen de la ‘vieja lapidaria’.²² Las mujeres viejas estaban asociadas a las piedras porque las usaban por su valor mágico como antídoto para evitar los signos propios de la decadencia senil. El *Lapidario* de Alfonso X explicaba que “la piedra que aparece en la mar cuando sube Saturno... y hállanla en el Mar Tenebrosa... tiene la virtud que el que la trae consigo vive mucho y no le acaescen las enfermedades ni las flaquezas que a los otros viejos, mas queda con su seso y con su fuerza mientras vive”.²³ Celestina no sólo conocía las propiedades de las piedras para usos médicos y astrológicos que usaría para el propio beneficio sino que las comerciaba en su categoría de mujer sola y a cargo de sí misma.

Vale la pena señalar que cuando Lucrecia va a pedirle el ceñidero, Celestina se queja por la pobreza que la aqueja, pobreza medida en cantidad de clientes y muchachas -hasta nueve dirá- que la sabían acompañar en épocas de bonanza.²⁴ Según la sociología de la vejez, los adultos mayores sufren el fenómeno denominado ‘desvinculación’ que explica el decrecimiento de la interacción entre ellos y su medio. El retraimiento económico de Celestina durante este período de envejecimiento sería propio de su experiencia de adulta mayor en cuanto adaptación a nuevas necesidades económicas, psicológicas y comunicativas que en Celestina se combinan con las necesidades del autosustento. (Baza, op. cit., pág. 51) Celestina, la vieja, necesita reestructurar su propia posición adulta en función de nuevos ritmos biológicos y sentirse viva a través de la actividad- concepto también procedente de la sociología de la vejez- que explica que la desvinculación se sustituye por el fenómeno del placer del adulto mayor ante lo que hace. La misma Elicia explicita el placer de Celestina por su actividad: “Yo le tengo odio a este oficio; tú mueres tras ello”. (Sétimo auto, pág. 184)

Por su parte, ¿cuál es la *experiencia vivencial y emotiva de la vieja Celestina*? A partir de su entrada en la ficción narrativa y de su llegada a la casa

²² Para Pármeno, véase primer auto, pág. 60. Al preguntar Alisa por el oficio de Celestina, Lucrecia comenta: “perfuma tocas y otros treinta oficios; conoce mucho en yerbas, cura niños, y aun algunos la llaman la vieja lapidaria”. (Cuarto auto, pág. 115)

²³ En Alfonso X, rey de Castilla, *Lapidario*, María Brey Mariño, ed., Madrid: Castalia, 1997, págs. 206-207, descripción 262, págs. 206-207.

²⁴ Recuérdese que cuando Elicia ha confesado su odio a este oficio y llama a holgar y gozar de la vida ya “que la vejez pocos la veen, y de los que la veen ninguno murió de hambre”, una alarmada Celestina le contesta: “pobre vejez quieres; ¿piensas que nunca has de salir de mi lado?”, problemática actual de la independencia de los hijos de sangre o de crianza y el tiempo de partida de la casa paterna. (Sétimo auto, págs. 184-185)

de Calisto, Celestina se encarga de manipular la imagen pública y social de su vejez. Para ella, la vejez es la marca de fuego que, como la que lleva en su rostro, no puede borrar–; es la señal visible que la acompañará para establecer o re-establecer vínculos con el entorno y es la tela de los ojos que ella misma se encarga de tejer en los otros para sacar ventaja.

En el Primer auto cuando reconoce a *Pármemo*, la mediadora presente que la vejez le puede jugar en contra y defiende con ahínco la integridad de sus fuerzas intelectuales y físicas; necesita ofrecer una imagen de solvencia y profesionalidad, recuperar el valor de la función social de su tarea y de cohesión familiar que como mujer anciana cumple; por ello, argumenta a favor de una vejez que no es cesación de actividades ni de deberes. Si logra convencer a su interlocutor, acortará la distancia afectiva y emocional con él y así podrá ir vencéndolo en la contienda humana y dialógica.²⁵ Sin duda, su esfuerzo primigenio está puesto en manipular los sentimientos íntimos de *Pármemo* a través del recuerdo de sus progenitores y de que deje “los ímpetus de la juventud” y pueda “tornarse con la doctrina de sus mayores a la razón”.²⁶ La vejez de aquellos padres, incluso la del mismo padre de *Pármemo* que por ausencia del hijo “algunos años de su vejez sufrió angustiosa y cuidadosa vida”, (primer auto, pág. 71) es una de las más potentes estrategias de manipulación celestinescas para recuperar, en la mente del criado y de los lectores de la obra, el valor social de los viejos en el sentido de reverencia por su sabiduría y en cuanto modelos dignificados y dignos de imitar.²⁷

²⁵ *Pármemo* le afirma a Calisto: “Señor, Sempronio y una puta vieja alcoholada daban aquellas porradas”; poco más adelante, insiste: Celestina “es nombrada y por título conocida... ¡Putá vieja!... ¡Putá vieja!... ¡Putá vieja!”. (Págs. 52-54)

²⁶ La vejez ha sido asociada con una edad biológica y con determinados desempeños sociales, militares y económicos. En el caso de la antigüedad clásica, los ancianos gozaron de mayor consideración en Esparta frente a Atenas y fue en épocas romanas cuando se fortalecieron en la figura del *pater familias* y de su posición en el Senado, aunque en las comedias como las de Plauto se los ridiculizaba y satirizaba. Cicerón les dedicó el diálogo *Cato Mayor de Senectute*, en el que entre imágenes y metáforas vegetales y marinas, polariza el planto de la vejez entre los necios y los piadosos sabios ancianos, cuyas virtudes los consuelan, siendo por tanto dignos de estima y alabanza y portadores de autoridad. En Cicerón, *Cato Maior. De Senectute (Tratados filosóficos I*, Jorge Mainero, ed., Argentina, Losada, 2006, 144-245) se lee: “la vejez tiene una autoridad tan grande que ella es de mayor valor que todos los placeres de la juventud”; (219, XVII.61; mi subrayado) “son testimonios de consideración de los viejos... ser consultados en demanda de consejo”; (219, XVIII.62) “así como un navío, como igualmente a un edificio, los destruye con gran facilidad el que los construyó, así al hombre lo desintegra perfectamente la misma naturaleza que los engendró”. (229, XX.22)

²⁷ El propósito de Celestina es que *Pármemo* reconozca que la prudencia- en el sentido de sabiduría y discreción- “no puede ser sino en los viejos, y en la prudencia que no puede ser sin experimento, y la experiencia no puede ser más que en los viejos. Y los ancianos somos llamados

En su vínculo con Pármeno, Celestina pretende re-crear la vejez valorada a la luz de su experticia de vida, de su sabiduría mundana frente a la necedad de los jóvenes, no bien instruidos en esos temas (págs. 68-69) y de su capacidad de consejo.²⁸ Actitud semejante tiene con Areúsa, quien al mostrarse reticente para relacionarse con Pármeno la noche de su “mal de madre”, es reprendida por Celestina porque no quiere escuchar sus lecciones.²⁹ Su reproche acentúa la estima de los viejos tradicionalmente reconocidos, valorados y admirados en calidad de receptores y transmisores de valores e ideales de una cultura y de encarnar la ‘memoria viviente’ de la experiencia humana.

Con *Sempronio*, Celestina quiere crear la imagen de astucia y sutileza de la vejez. Apenas el criado llega a anunciarle que “Calisto arde en amores”, se autodefine como “pecadora de vieja”, gesto de falsa modestia con el que pretende igualarse al recién llegado y a su futuro cliente.³⁰ En este juego desenmascarado de la oferta y la demanda, Celestina reclama el voto de confianza –*piedad*– del criado para que le descubra el verdadero motivo de su visita y se autoreferencia como vieja echando un manto de años cronológicos sobre sus saberes y experiencia.

Con *Melibea*, por el contrario, deja de lado el tono soez que ha utilizado con los criados, sabe que Melibea es de alta condición y su discurso sobre la vejez quiere moverla a *piedad*. Su “mesón de enfermedades, la congoja continua, la llaga incurable, el cuidado triste de lo porvenir” con lo que sintetiza su estado a una Melibea joven y pudiente, se constituyen en una estrategia de dominación sobre la joven ardiente en amores y reflejan un concepto integral de

padres, y los buenos padres aconsejan a sus hijos, y especial yo a ti, cuya vida y honra más que la mía deseo”. (Primer auto, pág. 78) Diversas vidas de santos y santas- *De Vitae et Miraculis Patrum Emeritensium*- siglo VII, anónimo-, la *Vida de San Millán* de Braulio de Zaragoza, el *Pasionario Hispánico* en el *Liber de Miraculis Sancti Isidori* de Lucas de Tuy, la *Legenda Áurea* de Jacobo de la Vorágine- presentan viejos como figuras modélicas de mártires, guías y pecadores capaces de redimirse. (Homet, op. cit., pág. 194)

²⁸ Celestina misma le dice a Pármeno: “mira que soy vieja y el buen consejo mora en los viejos”. (Sétimo auto, pág. 163) La estima de la mujer anciana fue un rasgo buscado por la nobleza medieval española; Fernando del Pulgar relata que a la Reina Isabel “plaziale tener cerca de sí mugeres ançianas que fuesen buenas e de linaje”. El adjetivo *buena* incluía corrección de costumbres, religiosidad, capacidad de administración del patrimonio doméstico, mediación política, prestigio social; ejemplo ello fue María Coronel, de sesenta y un años y viuda a los cuarenta y dos, llamada *buena vieja* por las dotes mencionadas. (Homet, op. cit., pág. 70)

²⁹ La vieja confiesa a Areúsa: “Pues avísote ... que nunca el viejo ni la vieja echaba de mi lado, ni su consejo en público ni en sus secretos”. (Sétimo auto, pág. 183)

³⁰ Las palabras de Sempronio a Celestina son: “Quiero que sepas de mí lo que no has oído, y es que jamás pude, después que mi fe puse, desear bien de que no te cupiera parte”. (Primer auto, pág. 51)

vejez marcado por la enfermedad y el dolor. (Cuarto auto, pág. 118) Al respecto, las ideas isidorianas postulaban la categoría de vejez como término de finitud debilitado y hasta carenciado en sus sentidos:

27. Hay quienes opinan que los ancianos (*senes*) deben su denominación a la disminución de sus sentidos (*sensus*), porque con la vejez se debilitan. Los médicos afirman que los hombres estúpidos tienen la sangre fría, en tanto que los inteligentes la tienen cálida: de ahí que los ancianos, en quienes comienza a enfriarse, y los niños, en quienes aún no ha empezado a arder, sean los menos avisados. Y en esto coinciden la edad de los niños y la de los ancianos: los viejos deliran por sus demasiados años; los niños ignoran el alcance de sus actos por su ineptitud e infantilismo. (pág. 45)

Con respecto a las enfermedades en la vejez, la existencia de un conjunto de tratados médicos velaban por su prevención y cura: Avicena (980-1037) en su *Régimen de los ancianos* insistía en los ejercicios físicos y en la dieta adecuada para evitarlas, Maimónides (1136-1204) recomendaba moderación en el sexo y en el vino así como Arnaldo de Vilanova (1135-1211) presentaba ideas semejantes en su *Defensa de la edad* y Alonso de Chirino en *Espejo de Medicina* abordaba el tema propiamente médico de la enfermedad en los ancianos. (Sánchez Granjel, *Historia de la vejez. Gerontología. Gerocultura*, pág. 25) En general, un conjunto destacado de tratados repetían consejos dietéticos y normas higiénicas para evitar vejezes prematuras.

Otra faceta de la vejez de Celestina es su relación de maestra y amiga con las jóvenes prostitutas *Elicia* y *Areúsa*, amistad nacida de la “paridad de las costumbres y la semejanza de los corazones” de esa micro-sociedad femenina –como la llama Alan Deyermond– y esencial no sólo para su propia supervivencia económica –los clientes llegan por la juventud y servicios de las *mochachas* y se afianzan por las experiencias de la vieja alcahueta– sino porque los viejos –categoría en la que está Celestina– tienen necesidades específicas en el ámbito de las interacciones sociales y a las viejas se les había atribuido el rol tradicional de ‘mujeres cuidadoras’ espiritual y corporalmente de las otras generaciones.³¹ Celestina es una de ellas y, además, con sus discípulas ha establecido una relación que entra en las catalogadas como de ‘ayuda informal’. Se denomina así a la relación a cargo de la población femenina que queda por

³¹ En la *Quarta Partida* (XXVII, ii), Alfonso X, inspirado en Aristóteles, afirma el valor de la amistad: “en cualquier edad que sea el ome, ha menester ayuda:... e si fuer viejo, ayudarse ha de sus amigos, en las cosas de que fuere menguado, o que non puede fazer por si, por los embargos que vienen a la vejez”. En Alfonso X, rey de Castilla, *Lapidario*, ed. citada de María Brey Mariño, págs. 206-207. Para el caso de las ancianas como objeto y receptor pasivo, véase, ‘Sobre literatura y vida cotidiana (A manera de Prólogo)’, *Actas de las Cuartas Jornadas de Investigación Interdisciplinaria. Literatura y vida cotidiana*, María Ángeles Durán y José Antonio Rey, eds., Zaragoza, Seminario de Estudios de la Mujer, Universidad Autónoma de Madrid, 1987, preliminares.

pervivencia de una cultura tradicional, cultura que establece lazos entre grupos de iguales y vecinos en razón del quiebre del modelo de familia. Por este concepto de “ayuda informal”, podríamos re-pensar en el valor de aquel “Justicia, justicia! ¡Señores vecinos! ¡Justicia, que me matan en mi casa estos rufianes!” (doceno auto, pág. 260) en cuanto los vecinos son el sustituto de la familia a los que acude humanamente la vieja antes de morir. Sus vecinos son la familia sustituta que tienen los adultos mayores solos como ella.

Como demuestra Celestina, otro de los problemas que se presentaba a las viejas, solas y/o viudas es que, al no poseer capacidades jurídicas plenas, pasaban a depender de los hijos o hermanos varones quienes tenían la obligación de mantenerlas. Si así no sucedía, las ancianas podían vivir manteniéndose a sí mismas, como es el caso de nuestra vieja que, en condición de viuda y sin descendencia, enroló las filas de las marginadas que, independientes legal y económicamente, se dedicaban a trabajos de la sociedad marginal –mendicidad, alcahuetería y/o prostitución–. Otra posibilidad era que fueran asistidas por instituciones eclesiásticas con las que se pautaban diversas formas de ayuda denominadas ‘fraternitas’ y ‘familiaritas’ y que incluían ‘uictum et vestitum’ para las personas ancianas (alimento y vestido). Estos eran verdaderos contratos de asistencia y seguro de enfermedad, pobreza y vejez mediante los que los donantes dejaban sus bienes a un monasterio y terminaban sus días al amparo eclesiástico. Además, existían las alberguerías que ofrecían asistencia sanitaria en los monasterios para los ‘pobres, débiles y ancianos’. (Homet, op. cit., págs. 102 y 115-118) También las cofradías desde el siglo XIV se ocuparon de los cofrades viejos varones que llegaron a construir sus propios hospitales. (Ibid., págs. 119-121) Además, los testamentos de los ancianos prueban que se aseguraban la vejez testando a favor de quienes los habían cuidado, retribuyéndoles así el cuidado y los bienes recibidos.³²

Celestina habla de la vejez desde su propia experiencia, sentimientos y emociones pero también habla de la de otros y recuerda a algunos ancianos: su memoria alcanza la vejez del padre de Pármemo que quedó solo y sin socorro cuando el hijo escapó de casa, huída que crea la idea del desamparo de los viejos abandonados por sus descendientes y que visibilizan el denominado

³² Las pruebas de testamento que aduce Raquel Homet evidencian que las abuelas dejaban ropa a sus nietas como una tal doña Teresa que dejó a Constanza, su nieta, saya en emenda e satisfacción do tempo que me serbiou” y una tal doña Teresa –1418– a “la dita Merian, nieta mia... quatrozientos solidos, que ha espendido en tres annos passados et espiende de present en mi enfermedad”. (95-96) También testaban a favor de los monasterios, como Catalina Alfón-viuda madrileña del siglo XV-dejaba “al conuento e dueñas del dicho monasterio todos mis bienes muebles e raíces que yo he en la dicha villa de Madrit et en su tierra”. (Op. cit., pág. 137)

trauma de la soledad de los ancianos que dependen y necesitan de la asistencia de su familia.³³ Reconoce a la abuela de Elicia como su mentora de la que aprendió “este oficio, que a cabo de un año sabía más que ella”. (Sétimo auto, pág. 184) De la abuela de Calisto, señala misteriosamente el suceso con el ximio para ejemplificar la bestialidad sexual de mujeres ancianas con hombres y hasta negros.³⁴ No se le escapan los “caballeros viejos servidores para su causa” y los *viejos devotos* irónicamente representantes de la sexualidad de los mismos.

CONCLUSIONES

En los inicios de estas reflexiones, afirmamos que nos habíamos propuesto reflexionar sobre las representaciones individuales y sociales que *La Celestina* ofrece sobre la última edad de la vida. Para dar respuesta a “quando viene la vejez... y todo se torna graveza / cuando llega el arrabal / de senectud”, acudimos a la realidad extra-textual de la obra que aborda atenuadamente la vejez, más preocupada por dar cauce al *carpe diem* de jóvenes amadores que a temáticas relacionadas con la decrepitud de la vieja mediadora en amores. A continuación, nos referimos a la vejez en la historia narrada. En ella, por el contrario, se descubre un amplio abordaje tanto de la experiencia de la vejez, sobre todo la femenina, como de unos parámetros con los que la cultura y la sociedad la conceptualizó y estigmatizó. El caso particular de Celestina y el de otros personajes de la historia atestiguan que la vejez es un término biológico, es un *cierto modo de vivir* en relación consigo mismo y con el entorno. Su voz y las de Sempronio, Pármeno, Lucrecia, las muchachas y otras registran las creencias y valores de una comunidad en la que la categoría *viejos* pertenece en general a un grupo silencioso, de poca muestra y escasamente singularizado en el discurso literario.

Conocemos la experiencia de la vejez en *La Celestina* porque se gesta y consolida desde el perspectivismo peculiar del *arte de la creación de personajes* de Fernando de Rojas y el ‘antiguo auctor’. (Gilman, op. cit., cap. III) Los personajes coinciden en la vejez de Celestina y la mayoría de los que la han frecuentado y frecuentan, sostienen una percepción unificada, sólida y sostenida de ella, de sus oficios y de otros viejos y viejas que deambulan en su universo de ficción. Esta polifonía de voces demuestra que la vejez, si bien es realidad vital y tópico literario *-puer-senex-* arraigado en la tradición, es también un concepto, una vivencia, una experiencia, un sentimiento propio y/o ajeno con

³³ Stephen Gilman aseveró: “Celestina siempre habla... desde su vejez, desde su pobreza y desde su sexo” (pág. 101). Véase *La Celestina: arte y estructura*, Persiles, 71, Madrid, Taurus, 1974, cap. III.

³⁴ Véase noveno auto, p. 215 y Notas complementarias, p. 536, ed. cit. de *La Celestina*.

múltiples facetas y aristas. Para Celestina, ser vieja se erige en una herramienta visible e invisible con la que entreteje la acción narrativa de los diferentes autos y con la que enmarca el presente de la historia. Así como se encadenan los sentimientos y las pasiones, el diálogo y el silencio, la vida y la muerte, la vejez también teje una trama que condiciona y enfrenta a los personajes con la última etapa de la vida considerada como carencia pero también considerada en su sabiduría, con sus roles sociales, sus actividades, su sexualidad, sus condicionamientos.

Los personajes celestinescos valoran la vejez desde su propio recorte de mundo y elaboran un constructo social alrededor de un fenómeno biológico individual. Todos ofrecen un consenso social de lo que es *una vieja* y demuestran su sensibilización hacia el proceso del envejecimiento en los umbrales del Renacimiento. Aunque tales conceptos sobre la vejez están en relación con Celestina personaje de ficción, responden a ideas, creencias y tabúes internalizados en la sociedad castellana de fines del siglo XV. Que Celestina –y el mundo en torno a ella– tenga su visión de la vejez y la manipule en beneficio de su propia ganancia; que en sus ideas, relaciones, entornos y actividades la vieja demuestre un *modo de vivir*; que la continuidad de lo que siempre hizo y fue exitoso le dé consistencia a unas ideas y visión de mundo que redimensiona por su edad; que estas tareas la motiven en la etapa final de su vida a que no se desmorone y persiga una continuidad psicológica interior y exterior; que la experiencia acumulada la quiera transmitir a las nuevas generaciones... todos estos factores también dan cuenta de que se envejece en un sistema cultural, social, político, económico determinado y de que los que allí habitan poseen unas imágenes, unos estereotipos y unos prejuicios y valores que construyen fragmentos del fenómeno llamado vejez en la Edad Media.

Quizá las voces escuchadas han devuelto los *restos de un naufragio* –imagen que acuñó el recordado Germán Orduna– cuyas minúsculas partículas armaron un escueto mosaico de actitudes, valoraciones y mentalidades de una cultura cuyas representaciones de una de las edades de los hombres y mujeres nutrió y estigmatizó el imaginario colectivo del cual somos herederos y en el que todavía –creo– nos hemos reconocido. Que la *letradura* medieval haya visibilizado estos restos del universo de la senectud nos permite decir: Alguien hablará de ellos cuando ya no estén.